

Edición de
Dra. Mirian Pino
Dra. Irene Audisio
Mgtr. Ma. Trinidad Cornavaca



Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur

1970-2022

Mirian Pino
Irene Audisio
Ma. Trinidad Cornavaca
Editoras

Los lenguajes de las memorias y los derechos humanos en el Cono Sur 1970-2022
Pilar Calveiro ... [et al.] ; Editado por Mirian Pino ; Irene Audisio ; Ma. Trinidad
Cornavaca. - 1a ed - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de

Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1807-2

1. Derechos Humanos. 2. Memoria. 3. Lenguaje. I. Calveiro, Pilar II. Pino, Mirian,
ed. III. Audisio, Irene, ed. IV. Cornavaca, Ma. Trinidad, ed.
CDD 323.0982



Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: Luis Sánchez Zárate

Correctora de estilo: Raquel Robles

Imágenes: Las ilustraciones contenidas en el presente volumen son creaciones de Laura Sosa y fueron cedidas por la artista para este libro.

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

El canto de las moscas y el palpito de la memoria: la poesía como lugar de duelo en la sociedad colombiana



Por Ana María Rodríguez Sierra¹

María Mercedes Carranza, poetisa colombiana, escribió en 1997 su “versión de los acontecimientos” ocurridos en los convulsos años ochenta que estremecieron dolorosamente a su país. En veinticuatro micropoemas “inagotables” intitulados con nombres de lugares (y de masacres) resguarda el recuerdo de sucesos que pasaron a la historia como titulares periodísticos efímeros y estadísticas vacías que, en un país acostumbrado a la guerra, fueron sentidos solo por las víctimas que ni siquiera son nombradas, (mucho menos reparadas). El canto de las moscas es pues un relato breve de lo acontecido, que desde la expresión poética apela a la emoción como fórmula para superar la indolencia. La poesía se devela como lugar de la memoria, una palpitante, estremecedora y catártica. Cada poema es una metáfora que nos hace sentir vacíos inconmensurables que nos atraviesan, nos conmueven y nos devuelven la conciencia de nuestra humanidad. Y cada palabra, dispuesta en la hoja en blanco imitando el vuelo de los insectos negros, evoca ese rumor aciago que ronda la sangre derramada y los despojos de los cuerpos sin vida que ha desparramado, por todos lados, infamemente, la inacabada violencia. Así, la poesía se muestra también como un lugar que posibilita el duelo colectivo, el cual es imposible sin memoria. En esta ponencia analizaremos el documento creado por Carranza, explicando ampliamente cómo éste es, en efecto, lugar de memoria y de duelo indispensable para la sociedad colombiana.

El canto de las moscas es un libro compuesto por veinticuatro micropoemas, escrito por la poetisa colombiana María Mercedes Carranza Coronado en 1997. Ella, María Mercedes, nació en Bogotá el 24 de mayo de 1945, hija de Rosa Coronado y del diplomático y también poeta Eduardo Carranza. A sus seis años viajó a la España de la posguerra, vivió allí hasta los trece años y luego regresó a una

¹ Estudiante del Doctorado en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Concepción, Chile. anamasierra@gmail.com

Colombia convulsa, aporreada por la violencia de los años 50, suscitada por el asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán. En una entrevista con Margarita Vidal ella recordaba aquellos años como un tiempo difícil en el que “luchaba por habituarse a la ciudad de su nacimiento”. Al final, dijo, enfrentó la nostalgia cultural “con la decisión de pertenecer a Colombia”. Estudió periodismo en la Universidad de los Andes y más adelante, en 1986, fundó la Casa de poesía Silva, primera casa de poesía en el ámbito de la lengua española (casa Silva). De modo que, la poesía fue una fuerza vital para esta mujer que no solo escribió, sino que la estudió y creó espacios para la preservación, divulgación y fomento de la escritura poética. En el año 2003 se quitó la vida, pero nos dejó una obra cargada de memoria, palpitante, estremecedora y catártica. En sus poemas se despliega, de modo general, aquello que Noni Benegas (2018) denominó “cotidianidad absurda” o según Santiago Espinosa “la escoria de lo trivial como quien habla de la vida sin mayúsculas ni guantes” (p. 2). Le toma el pulso al habla de la calle para entender el malestar del país y, según Benegas, “a un mundo a todo color, hechizante y legendario, opone otro en blanco y negro de serie “B”, desolado y violento” (p.3). Ciertamente, María Mercedes Carranza no elude hablar de esa gran problemática que todavía nos azota, de la que ella misma fue víctima y que es una suma de múltiples y variopintas violencias que desde los años 90 comenzamos a narrar, con el fin de constituir un acervo de memoria que garantice la no repetición.

En efecto, a lo largo del último siglo, el concepto de memoria se ha ampliado hasta abarcar casi todas las formas en las que nos ocupamos de nuestro pasado reciente, especialmente en los casos en los que este pasado tiene un carácter traumático. Es lo que se observa por ejemplo en La escritura del duelo de Victoria Díaz, igualmente en la compilación realizada por Javier Domínguez y otros, titulada El arte ante la fragilidad de la memoria, así como en el artículo sobre “Los duelos colectivos, entre la memoria y la reparación” de María Teresa Uribe. Estos textos muestran cómo la memoria se ha convertido en un modo privilegiado de comprensión del pasado, pero también y esto es lo más importante, en una fuente de esperanza y reconciliación social (Domínguez, 2014). En este contexto fue escrito El canto de las moscas, poemario que podemos situar entre las di-

versas formas de arte que se han comprendido como “poéticas de la memoria” (Dominguez, 2014, p. 122) que representan las experiencias de un modo vívido y sentido que busca remecer al lector de forma tal que se sienta incluido, (no solo aludido), y tocado en su humanidad para sanearle la indolencia. Hoy, lo recordamos aquí porque ante la fragilidad de la memoria amenazada siempre por el olvido, queremos vivificar los poemas de María Mercedes Carranza y reconocer en ellos su valor histórico, (el poético habla por sí solo), su absoluta vigencia y el necesario recuerdo de esta “versión de los acontecimientos” (que es el subtítulo del libro *El canto de las moscas*) que logra lo que muy pocos han logrado al hacer de la lírica un espacio de duelo que transforma el horror en belleza.

Pero antes de abordar el poemario y la realidad que revive, vale la pena acercarnos a la visión de país que tenía la autora. Su mirada crítica y su comprensión histórica se manifiestan de manera clara en el poema titulado *La patria*, publicado en su libro *Hola soledad* de 1985:

La patria

Esta casa de espesas paredes coloniales
Y un patio de azaleas muy decimonónico
Hace varios siglos que se viene abajo.
Como si nada las personas van y vienen
Por las habitaciones en ruina,
Hacen el amor, bailan, escriben cartas.

A menudo silban balas o es tal vez el viento
Que silba a través del techo desfondado.
En esta casa los vivos duermen con los muertos,
Imitan sus costumbres, repiten sus gestos
Y cuando cantan, cantan sus fracasos.

Todo es ruina en esa casa,
Están en ruina el abrazo y la música,
El destino, cada mañana, la risa son ruina,
Las lágrimas, el silencio, los sueños.
Las ventanas muestran paisajes destruidos,
Carne y ceniza se confunden en las caras,

En las bocas las palabras se revuelven con miedo.
En esta casa todos estamos enterrados vivos.
(Carranza, 2018, p. 80)

Hoy, - este poema tiene un carácter testimonial -, nos deja ver cómo se sentía esa patria (creo que no solamente, aunque especialmente Colombia) en los años ochenta cuando la población civil se encontraba atrapada en medio de la violencia ejercida por las guerrillas, los paramilitares y los carteles del narcotráfico. Podríamos decir que este es un preludio que anticipa *El canto de las moscas* como poesía colmada de historia, de memoria, y como ejercicio que exorciza el dolor de la violencia, en realidad, el dolor de la muerte que es su único efecto perdurable. La patria es una versión del país y allí se expresa por primera vez el interés de la autora por llevar la poesía más allá del universo intimista al terreno ampliado de la realidad nacional, de allí surge también este otro poemario que nos quedó como evidencia de lo acaecido.

Así pues, *El canto de las moscas* también tiene un carácter testimonial, incluso más agudo que el poema anterior, ya que los poemas nombran los lugares del acaecer atroz de la guerra, mientras se evoca el rumor aciago de los insectos negros que rondan la sangre derramada y los despojos de los cuerpos sin vida que desparramó, por todos lados, el conflicto armado en Colombia.

En la lógica enunciada por Steiner según la cual “lo que no se nombra no existe”, María Mercedes Carranza intitula cada poema con el nombre de los lugares en los que ocurrieron hechos inenarrables, y por eso mismo necesarios de recordar; estos, después, para los medios de comunicación pasaron a ser no lugares sino nombres de atentados, masacres, ataques terroristas que quedaron en la historia como titulares periodísticos efímeros o estadísticas vacías que, en un país acostumbrado a la guerra, fueron padecidos solo por las víctimas que ni siquiera son nombradas, (mucho menos reparadas). Pero, convertidos en poemas, aquellos hechos llegan a nuestro tiempo como evidencia de la necesidad de la paz, llegan como memoria y convierten a la poesía en el lugar de un necesario duelo colectivo que apenas hemos tenido tiempo de iniciar. Necoclí, Mapiripán, Tambo-rales, Dabeiba, Encimadas, Barrancabermeja, Tierralta, El Doncello,

Segovia, Amaime, Vista Hermosa, Pájaro, Uribia, Confines, Caldon, Humadea, Pore, Paujil, Sotavento, Ituango, Taraira, Miraflores, Cumbal y Soacha son lugares. Nombrarlos es el inicio del reconocimiento de las heridas que allí se le propinaron a un país y a una sociedad que, si busca la superación, necesita mirar esas heridas y, El canto de las moscas es, sin duda, un bello espacio para hacerlo. Sobre todo, porque nos recuerda que sin importar qué tan apartado esté un lugar, si este fue escenario de un hecho trágico para nuestro país, deberíamos saberlo, debería dolernos, deberíamos hacernos cargo como sociedad de su reparación o, al menos intentarlo.

Porque, los lugares mencionados por la autora fueron epicentros del conflicto, pero al estar ubicados en la periferia de los centros urbanos, su dolor se vio invisibilizado. Quizá por eso María Mercedes Carranza engloba sus poemas en una dedicatoria a Luis Carlos Galán, su amigo personal, candidato presidencial en 1989 y asesinado en Soacha por un complot que incluía a Pablo Escobar y al gobierno de turno. Este fue un golpe bajo para todo el país, atestado a muy poca distancia de la capital y tal vez, el dolor profundo que ocasionó dicho magnicidio en tantos colombianos, obligó a mirar hacia aquellos lugares que ya sufrían desde antes y a lamentar con mayor conciencia los que vinieron después. No es casual que el poema dedicado al hecho que puso fin a la vida de Galán, fuera el último del libro, un canto final que dice así:

Soacha

Un pájaro
Negro husmea
Las sobras de la vida.
Puede ser Dios
O el asesino:
Da lo mismo ya.
(Carranza, 2018, p.150)

Con este poema el libro encierra un uróboros, pues la dedicatoria a Luis Carlos Galán abre el libro que se cierra a su vez con el poema que llora su muerte. De ese modo, el final del poemario se conecta

con el principio demarcando un círculo infinito, que es el círculo vicioso de la violencia. El poema inicial, no obstante, se titula Necoclí:

Necoclí

Quizás

El próximo instante

De noche tarde o mañana

En Necoclí

Se oirá nada más

El canto de las moscas.

(Carranza, 2018, p. 127)

Luego, en el centro del texto, ubica a Pájaro:

Pájaro

Si la mar es el morir

En Pájaro

La vida sabe a mar.

(Carranza, 2018, p. 138)

Y así es como la memoria palpita en el Canto de las moscas.

Duelo

De acuerdo con Victoria Díaz Faciolince, (2019) “La memoria cultural se ocupa de ayudar a comprender acontecimientos pasados que han fracturado la vida de las comunidades. Estas situaciones, con frecuencia silenciadas por el horror o la indiferencia, tienen efectos en el presente que suelen no ser manifiestos para los individuos o las sociedades. La memoria cultural busca entonces hacer un trabajo que vincule el hoy, el ayer y el mañana” (p. 80). Creemos que El canto de las moscas es un libro que resguarda la memoria cultural de la violencia en Colombia. Cada micropoema contiene en sí mismo la carga del horror de lo ocurrido. Para cualquier lector, con un mínimo de vocación investigativa, será suficiente leer Necoclí para indagar y encontrar que el 22 de marzo de 1990 fueron asesinados allí, en ese pequeño pueblo, tres integrantes del partido político Unión Patriótica a manos de los paramilitares, o que entre el 14 y el

20 de julio de 1997 las autodefensas (grupo paramilitar) torturaron y asesinaron a 49 personas en Mapiripán y arrojaron sus cuerpos al río Guaviare. O que entre enero y diciembre de 1997 la población de Ituango padeció unas 14 masacres, que llevaron 3042 personas a desplazarse forzosamente. De manera que cada poema señala un lugar y cada lugar está cargado con el recuerdo de las atrocidades allí perpetradas. De esa forma, cada pieza del texto es la evocación de un acontecimiento que fracturó la vida colombiana y que la poetisa registra para salvarle del olvido, en la memoria cultural.

Los trabajos de memoria “buscan que los individuos y las comunidades afectadas por los acontecimientos violentos logren encontrar las palabras para transformarlos en experiencias narradas que hagan posible la construcción y la transmisión del sentido de lo vivido” (Díaz, p. 81). Así pues, este poemario, al ser un depósito de memoria colectiva, se puede entender también como un lugar de duelo colectivo, dado que, en concordancia con Ricoeur, “la función liberadora del trabajo de duelo se logra en la medida en que opere como un trabajo sobre la memoria” (Díaz, p. 85). Es decir, sin memoria no hay duelo y, el duelo es un proceso necesario para la transformación del dolor en aceptación, la cual, en último término, posibilita la reconstrucción de lo fracturado.

La sociedad colombiana está llena de fracturas, heridas, disrupciones históricas que le han impedido al país alcanzar un mínimo nivel de paz que le permita ocuparse de las otras necesidades sociales. El Acuerdo firmado en el 2016 apenas comienza a implementarse con verdadera voluntad política. El duelo colectivo que necesitamos transitar apenas inicia. El informe final de la “comisión de la verdad” entregado hace poco tiempo al pueblo colombiano es un documento indispensable para avanzar en ese proceso, pero no es el único. Desde la literatura y el arte, a partir de los años 90, también se han hecho grandes aportes para viabilizar esta tarea ineludible. No hay pues un momento más oportuno para que los académicos fijemos nuestra atención en todas estas producciones que narran (representan de diversas maneras) la historia, apelando a la sensibilidad y a la empatía humanas. En este contexto, un libro como *El canto de las moscas* cobra mayor sentido y creemos que al traerlo aquí, como ejemplo de texto literario, que es también lugar de memoria y de

duelo, actualizamos su vigencia y visibilizamos su valor como recordatorio del poder desanestesiante y movilizador del arte y la palabra.

El duelo al que estamos convocados los colombianos es un duelo de carácter social. Esto implica, en primera instancia, “situar a las víctimas en el espacio de lo público y de la acción política; reconocerlas como actores primarios de las violencias y las guerras y no como sujetos pasivos, invisibles o ignorados por considerarlos una consecuencia lógica de la guerra” (María Teresa Uribe, 2008, p. 3). Pero este reconocimiento de las víctimas también pasa por reconocernos a nosotros mismos como tales, porque en un país en guerra, directa o indirectamente todos nos vemos afectados (la indiferencia es un síntoma de esto). Desde esa comprensión de nuestro lugar en la escena histórica de nuestro país, es que podemos vernos también como parte de la solución, de la sanación que requiere de nuestra participación activa en los procesos sociales que buscan la reparación. Mas, para llegar a reparar y reconstruir debemos transitar todas las fases del duelo, lo cual vuelve indispensables todos los recuentos, relatos y representaciones construidas desde el dolor de quienes sí lo sintieron.

Por ello entonces, tiene sentido llamar la atención sobre *El canto de las moscas*, una obra sobre la que podemos decir que es, usando una bella expresión de Albrecht Wellmer, un “enriquecimiento del caudal del sentido”, de ese espacio común en el cual podemos encontrarnos unos con otros”. (Daniel Tobón, 2014, p. 128) En ese encuentro y reconocimiento del dolor narrado desde una profunda aflicción e inmensa rabia por María Mercedes Carranza, los demás podemos hacernos responsables de lo único que como actores sociales podemos hacer: conducir nuestra propia individualidad y nuestro trabajo (como académicos quiero decir) hacia el fin máximo de la memoria: garantizar que eso que ya pasó, no pase de nuevo. Asegurarnos de que el dolor cantado como poema, expanda su eco hacia la conciencia colectiva, para que la lección sea realmente aprendida y lo vivido nos sea suficiente para poder heredar el aprendizaje a las nuevas generaciones y así evitar que los poetas futuros tengan que recordarnos la obligatoriedad de odiar la guerra.

Podemos escuchar de nuevo, cuantas veces sea necesario *El canto de las moscas* suspendido en el ritmo prosaico de los poemas de

El canto de las moscas y el pálpito de la memoria: la poesía como lugar de duelo en la sociedad colombiana

María Mercedes Carranza, hasta que quede anclado en nuestro espíritu la voluntad de hacer todo lo posible para que ese rumor siniestro no inunde de nuevo nuestros pueblos, ni nuestros ríos, ni nuestras casas y entonces podamos responderle al poema Los muros de la patria mía...

Miré los muros de la patria mía
ojos de piedra, esfinges de oro,
mierda en las rendijas.

País usado por un dios borracho
Que delira eternamente
con una puerta que jamás existió.

Allí,
por el desastre ligado
un nudo imposible de dos lenguas
Que lamen sin descanso la herida.
De rodillas y con una flor en el ano
alguien en la oscuridad susurra
la turbia mentira del paraíso
perdido.
El miedo
enroscándose alrededor de una estatua
que finge su hazaña en un parque abandonado.
los muros de la patria mía
¿cuándo los van a limpiar?
(Carranza, 2018, p. 70)

Ahora, entre todos. Sería la mejor respuesta.

Referencias bibliográficas

Benegas, N. (2018). Maria Mercedes Carranza o la cotidianidad absurda. Casa América. En línea en: <https://laestafetadelviento.es/referencias/recordar/maria-mercedes-carranza-o-la-cotidianidad-absurda> Consultado en junio de 2022.

Carranza, M. (2018). Poesía completa. Bogotá: Lumen.

Díaz Faciolince, V. (2019). La escritura del duelo. Bogotá: Universidad de los Andes.

Domínguez, J., Tobón, D. (2014). El arte ante la fragilidad de la memoria. Medellín: Universidad de Antioquia.

Uribe, M. (2008). Los duelos colectivos, entre la memoria y la reparación. Agenda cultural Alma Mater, 149, 1- 6. En línea en: <https://revistas.udea.edu.co/index.php/almamater/article/view/13837/12275> Consultado en junio de 2022